

Lo Invisible



Kenshinkan dôjô

El cineasta francés, Michael Random, refería una anécdota surgida a raíz de la entrevista que realizara al famoso dramaturgo y novelista japonés Yukio Mishima, advirtiendo que la estancia donde residía tenía más parecido con un palacio de la Costa Azul francesa que con una vivienda del Japón tradicional. Una de las dependencias del piso inferior, amueblada con piezas del Barroco francés del siglo XVIII, causó tal sensación en el autor de "Japón: la estrategia de lo invisible" que comentó al escritor: "Señor Mishima, no veo en este lugar nada que me recuerde al espíritu de su país"; Mishima le contestó: "Sólo lo invisible es japonés".

En esta época que transitamos -a la vez, lúgubre y luminosa- en la que todo se airea y extralimita, el espíritu de la Cultura tradicional de Japón aún pretende manifestarse en la Penumbra, ésa que nos mostró el poeta Junichiro Tanizaki en su acertada Obra, un ensayo en el que se lamentaba de aquello que habían perdido las Artes Tradicionales de su país al contactar con esa luz cegadora que era, ya entonces, la Globalización y el Pensamiento Único, un auténtico foganazo en forma de neón que destruiría la esencia del Espíritu Invisible, manifestando, sin contención, que en un futuro serían las formas y no su fondo la razón de ser de estas Artes.

En los años veinte y treinta del pasado siglo, algunos pensadores, comandados por Kakuzo Okakura, Kuki Shuzo, Nishida Kitaro, Watsuji Tetsuro o Nitobe Inazo, lucharon por desempolvar el "Viejo Camino del Arte hacia la Estética y el Sentimiento", tratando de alejar a su país del Eurocentrismo imperante, queriendo demostrar al mundo que su Cultura contenía unos valores tan capaces como los de cualquier otra, unos principios que, aún siendo de gran calado, no estaban a la vista en superficie, sino que había que encontrarlos en la hondura de su profundidad donde, ocultos, permanecían, salvaguardados de la manipulación y el consumo apriorístico.

Fue una vez más el esteta Okakura quien en su "Libro del Té", se hacía eco de esa "herida de muerte" que estaba sufriendo el Arte Oriental, un Arte que, posteriormente, ha sido reinterpretado y transfigurado en sus nuevos destinos -cuando no tergiversado y caracterizado desde su lugar de origen- para universalizarse y llegar al gran público, olvidando así algo más que las formas.

También en Bujutsu existe un concepto para nombrar lo Invisible, pues aquello que es percibido, visualizado y advertido por otros desde la

distancia, no es sino el ropaje de la técnica, lo superficial de la misma, la primera manifestación, una apariencia primigenia; el verdadero trasfondo, la intencionalidad última, su funcionalidad y razón de ser, es Oku/Okuden, es decir: un secreto imperceptible y misterioso. Sin la revelación del Invisible Oku, no existiría el kata.

Ese mundo incorpóreo, que es lo Invisible, se manifiesta de nuevo en el minimalismo que recrea el dôjô del viejo Bujutsu, un espacio donde la estética es una auténtica economía de materiales, luz y color. El reduccionismo que se percibe en su interior es un auténtico símbolo de ese Espíritu Inherente, una síntesis de todas sus formas y la entidad final de un Arte que podemos considerar Verdadero.

Vuelvo a estas reflexiones para contrastarlas con las manejadas en las vanguardias del momento, contextos donde la información circula sin tregua, espacios donde la iluminación no es la del shoji tradicional, que sí permite la "sombra pensativa", sino la potente y blanquecina luz del neón, que se aleja del espíritu reservado y respetuoso que ha de exigir la revelación y el conocimiento del invisible Oku.

Persiguiendo también lo Invisible, pero a través del mundo de las Ideas, nos encontramos con el taoísta Chuang-Tzu, quien nos alecciona de esta forma: "El propósito de las palabras es transmitir Ideas; cuando las Ideas se han comprendido, las palabras se olvidan. ¿Dónde puedo encontrar a una persona que haya olvidado las palabras? Con esa persona me gustaría hablar".

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2013